

La historia de Nicola y Giulia Gabella: es dando como se recibe

"No dudo que las familias con hijos discapacitados *puedan* ser felices, pero ¿quién, *pudiendo elegir*, no querría un hijo sano y perfecto?".

Una persona partidaria de la fecundación asistida me hizo esta pregunta refiriéndose a una pareja con riesgo de engendrar un hijo enfermo. Admito que, si no conociera la historia de **Nicola y Giulia Gabella**, no habría sabido desmontar su razonamiento.

Claro que le habría contestado que "la vida es vida" siempre y en cualquier caso, intentando explicarle que un hijo no debe ser "confeccionado a medida", sino acogido y apoyado, amado, independientemente de cómo es y cómo está; sin embargo, sé perfectamente que habría sido poco convincente, siendo madre de dos hijos normo-dotados. Y además, porque yo misma, aunque soy contraria al aborto y a la fecundación *in vitro* por motivos éticos, **nunca habría pensado que la cruz de un hijo enfermo pudiera ser no sólo "aceptada", sino incluso "amada"**; no sólo soportada, sino considerada una oportunidad de "sanación".

Esta es precisamente **la paradoja que experimentan y testimonian con fuerza estos dos cónyuges de Bolonia, Nicola y Giulia**, padres de tres hijos, una de ellos marcada por una fuerte discapacidad. Para ellos, la enfermedad se ha convertido en causa de purificación del amor, y el desierto se ha transformado en jardín (para usar el título del libro autobiográfico escrito por el mismo Nicola Gabella, ***El desierto se convertirá en un jardín***, publicado en 2011 (por el momento sólo disponible en italiano)).

Pero vayamos con orden. Porque antes de ver la luz, esta familia pasó a través de una oscuridad para la que no parecían existir vías de salida.

Promesas de felicidad rotas

Giulia y Nicola se casaron en junio de 1996, muy enamorados y

plenamente felices. Tras un primer embarazo terminado, por desgracia, en un aborto espontáneo, la pareja acogió en abril de 1998 al pequeño **Samuel**. La felicidad de ser ya tres era grande, pero los esposos querían una familia más amplia. Giulia se quedó de nuevo embarazada y, en abril del 2000, nació **Sara**.

Esta vez había algo que no iba bien. Los médicos se mostraban preocupados: la niña estaba siempre dormida, no comía. Pasaron los días y, después de muchos controles, resultó evidente que **tenía varios déficits relevantes**.

Fue el inicio de un túnel. De golpe, **una familia feliz se hundió en el dolor** y en una especie de apatía existencial.

Yendo de un hospital a otro, Nicola llegó incluso a desear que Dios se llevara a esa criatura. Sufría por ella y por sí mismo, temía no ser capaz de cuidarla el resto de su vida. La discapacidad de la hija le paralizaba también a él.

Mientras, falleció la madre de Giulia: otro duro golpe, que llevó a la pareja, ya sometida a una dura prueba, a alejarse cada vez más entre los dos.

El **amor mutuo, que había sido exuberante, se marchitó, abrumado** por pesos demasiado grandes.

"¿Quién, *pudiendo elegir*, no querría un hijo sano y perfecto?". Quizá entonces, Nicola hubiera contestado que sí, sin pensarlo dos veces. Y quizá, en un ataque de sinceridad, añadiría que no quería a la niña.

Tenían fe, pero demasiado frágil, todavía inmadura, que no les permitía renegar de sí mismos y aceptar que sea Otro quien tome y transforme las cruces que viven. Al contrario, Nicola estaba resentido con Dios, se sentía traicionado, y con tentaciones de abandonarlo.

"La noche se vuelve más oscura justo antes de que empiece a amanecer"
(Papa Francisco)

En esta situación desesperada nacieron las raíces de un proyecto de amor grande, que Giulia y Nicola no imaginaban ni siquiera lejanamente.

Un sacerdote amigo de los Gabella les aconsejó ir a Asís, para hablar con una familia "especial", la de **Lorenzo** y **Marusca**, dos cónyuges que habían adoptado un niño con síndrome de Down. Su testimonio fue un faro determinante en la vida de Nicola y Giulia.

De ellos aprendieron que conviene librarse de algunos ídolos, para poder amar al otro de verdad. Un padre, sobre todo, debe **dejar de ver al hijo como una prolongación de sí mismo**, como el portador de todas sus expectativas. Descubrieron que un hijo discapacitado es capaz de revelar los **amores falsos**, porque el amor verdadero da, sin pretensiones, incluso cuando el otro no puede *devolver*.

Se aprende **la humildad de pedir ayuda** -a Dios y al prójimo-, y se descubre que compartir las dificultades es liberador para ellos, y enriquece a la comunidad.

Se aprende a poner a la **pareja en el centro**, porque es en el amor conyugal donde tiene su origen el amor a los hijos, no al revés. El proyecto tiene siempre que ver con los esposos: los hijos son consecuencia de su vínculo, no la causa.

Se aprende que no hay que **perder el tiempo en perseguir "una vida ideal"**, distinta de la que se tiene, porque la felicidad verdadera nace cuando se ama en concreto, exactamente en el lugar y en la condición en que se encuentra.

Es dando como se recibe

Nicola y Giulia resurgieron de los escombros y, en 2003, llegó otra hermanita para Samuel y Sara: Anna, una niña muy alegre.

El compromiso de los Gabella es notable: tienen tres hijos, un trabajo, deben ocuparse de Sara y sus necesidades especiales (la niña pasa mucho tiempo entre logopedas y fisioterapeutas), no falta el cansancio y, a veces, ni siquiera el desaliento, pero se sienten rodeados por mucho cariño. Además, han entendido que, **para ser felices, incluso en los momentos de dolor, es preciso dar**, sin esperar nada a cambio, y generar continuamente "comunidad".

Están tan convencidos que abren las puertas de su casa a quienes necesitan ser escuchados y piden oraciones; se comprometen en la práctica de la acogida, reciben a niños, a jóvenes, a ancianos, con situaciones familiares difíciles (como el hijo de una madre soltera, una prostituta protegida por una asociación, una señora anciana con problemas de lucidez y sin familia...).

"¿Por qué vosotros? ¿No tenéis suficientes problemas?", podría preguntarse alguien. Nicola, asistente social de profesión, contestaría: "el bien que hemos recibido es demasiado grande para guardárnoslo para nosotros".

Hoy Sara tiene 19 años. Los **médicos predijeron que nunca caminaría ni**

hablaría. Pero fue tal la atención que le dedicaron sus padres, y tantos los estímulos que recibió, que Sara **se expresa hoy por sí sola**, aunque con cierta dificultad, y **camina con sus piernas**. Ha concluido la ESO, trabaja, sale con amigas, tiene una tarjeta de débito. Pero eso no es todo, porque Sara tiene algo de lo que carecen tantos chicos: una gran alegría de vivir, y muchas ganas de hacer cosas. Yo he tenido el honor de conocerla, y puedo atestiguar que, en su presencia, son los demás los que se sienten discapacitados.

Cecilia Galatolo, en familyandmedia.eu